

la mitad del cuerpo, mientras que Basque y Nicolette le sujetaban por detras, y gritó desolado :

— Marius! Marius! Marius! Marius!

Pero Marius no podia ya oirle, pues en aquel mismo instante volvía él la esquina de la calle de San Luis.

El nonagenario se llevó dos ó tres veces ambas manos á las sienas, con una expresion de mortal angustia, retrocedió oscilando, y se dejó caer sobre un sillón, sin pulso, sin voz, sin lágrimas, meneando la cabeza y agitando los labios con ademan estúpido, no teniendo ya nada en los ojos ni en el corazón sino cierta cosa triste y profunda que e parecía á la noche.




LIBRO NOVENO

ADÓNDE VAN?

I

JUAN VALJEAN

Aquel mismo día, á eso de las cuatro de la tarde, hallábase Juan Valjean solo, sentado en el declive de una de las escarpas más solitarias del Campo de Marte. Ora fuese por prudencia, ó bien por el deseo del propio recogimiento, ó buenamente efecto de uno de esos insensibles cambios de costumbre que se introducen poco á poco en todas las existencias, el hecho es que ahora sona salir muy rara vez con Coseta. Llevaba su chaquetón de obrero, y un pantalon de algodón gris; su gorra de ancha visera le cubría enteramente el rostro. Estaba ahora tranquilo y se consideraba di-

choso con respecto á Coseta; lo que durante algun tiempo le habia turbado y asustado se habia desvanecido enteramente; pero hacia como una ó dos semanas, habianle acometido ciertas angustias y tribulaciones de distinta naturaleza. Paseándose un dia por el boulevard, habia distinguido á Thénardier; gracias á su traje que le disfrazaba completamente, Thénardier no le habia conocido; pero desde entonces le habia vuelto á ver Juan Valjean varias veces; llegando ahora ya á adquirir la certidumbre de que Thénardier rondaba su barrio. Esto solo habia bastado para decidirle á adoptar un gran partido. Thénardier estaba allí; eran para él todos los peligros reunidos en aquel hombre siniestro. Además, París no estaba tranquilo; los disturbios políticos ofrecian este inconveniente para todo el que tuviese algo que ocultar en su vida, que la policia se manifestaba muy inquieta y suspicaz, y que tratando de olfatear un hombre como Pepin ó Morey, pudiera muy bien descubrir á un hombre como Juan Valjean. Juan Valjean hallábase, pues, decidido á abandonar á París, y aun á la Francia, trasladándose á Inglaterra. Tal era el aviso ó prevencion que habia dado á Coseta. Antes de ocho dias queria él haber marchado. Habíase sentado allí sobre la escarpa del Campo de Marte, revolviendo en su mente toda especie de pensamientos, Thénardier, la policia, el viaje, y la dificultad de procurarse un pasaporte.

Por todos estos motivos se hallaba él inquieto y receloso.

Finalmente, un hecho inexplicable que acababa de descubrir hacia muy pocos instantes, y que le habia chocado en extremo, venia á aumentar su zozobra y á darle una nueva alerta. En la mañana de aquel mismo dia, habiéndose levantado antes que nadie en la casa, como de costumbre, y paseando solo en el jardin antes que se hubiesen abierto las ventanas del cuarto de Coseta, se echó á la cara de improviso aquella linea grabada en la pared, probablemente

con un clavo, en la cual se leia: 16, *calle de la Verrerie*.

Aquello era muy reciente, las incisiones practicadas en la vieja y negra argamasa de la pared estaban aún blancas, una mata de ortigas que hallaba junto á la misma pared estaba empolvada de yeso fino y fresco. Probablemente aquello habia sido escrito allí en la noche anterior. ¿Qué venia á ser aquello? ¿las señas de alguien? ¿un signo para otros? ó bien, ¿era un aviso para él? En todo caso, era evidente que el jardin era violado, que gentes desconocidas penetraban en él. Entonces recordó los extraños incidentes que habian puesto ya en alarma á la casa. Sobre este cróquis se puso á trabajar su inquieta imaginacion. Pero se guardó él muy bien de hablar á Coseta de la linea escrita en la pared, por miedo de asustarla.

En medio de estas preocupaciones, notó, por una sombra que se proyectaba frente al sitio donde él se hallaba sentado, que alguien acababa de detenerse en lo alto de la escarpa, inmediatamente detras de él. Iba á volverse, cuando observó que cayó sobre sus rodillas un papel doblado en cuatro pliegues, como si una mano le hubiera arrojado por encima de su cabeza. Tomó aquel papel, le desdobló y leyó en él esta frase escrita con lápiz, en letras gruesas:

MÚDESE USTED DE CASA.

Juan Valjean se levantó á toda prisa, pero por más listo que anduvo, ya no halló á nadie sobre la escarpa; se puso á rebuscar en derredor, y divisó por fin una especie de criatura, mayor que un niño, menor que un hombre, vestida de una blusa gris y de un pantalon de pana, color de tierra, que saltaba el parapeto y se dejaba caer en el foso del Campo de Marte.

Juan Valjean se volvió en seguida á su casa, entregado á las mayores cavilaciones.

Marius habia salido desconsoladísimo de casa del señor Gillenormand. Habia entrado en ella con una esperanza bien débil; y salió con una desesperacion inmensa.

Por lo demas, y los que han observado los primeros rudimentos del corazon humano lo comprenderán desde luego, el lancero, el oficial, el bobalicon, el primo Theódulo, no habia dejado ni aún la menor sombra en su espíritu, ni el más mínimo vestigio. El poeta dramático podria en apariencia esperar algunas complicaciones de aquella revelacion hecha á quema ropa al nieto por el abuelo. Pero lo que ganaria el drama lo perderia la verdad. Marius se hallaba en la edad en que nada malo se cree; más adelante viene la edad en que, por el contrario, basta que una cosa sea mala, para que se la dé crédito en seguida. Las sospechas no son otra cosa que verdaderas arrugas. La primera juventud no

las conoce. Lo que trastornó á Othelo, se desliza sobre Cándido. Sospechar de Coseta! Hay una multitud de crímenes que Marius habria cometido más fácilmente.

Se puso á andar por las calles, que es el recurso de los que sufren, sin pensar en nada de que pudiera conservar un recuerdo. Á las dos de la mañana entró en casa de Courfeyrac y se tiró sin desnudarse sobre su colchon. Ya hacia mucho sol cuando él logró dormirse, con ese sueño horrible y pesado que deja ir y venir las ideas en el cerebro. Cuando despertó, vió de pié en el cuarto, con los sombreros puestos y prontos ya para salir, como preocupados de algun gran negocio, á Courfeyrac, Enjolras, Feuilly y Combeferre. Courfeyrac le dijo:

— ¿Quieres venir al entierro del general Lamarque? Se le figuraba que Courfeyrac le hablaba en chino

Salió algun tiempo despues que ellos, metiéndose en el bolsillo las pistolas que Javert le habia confiado, con ocasion de la aventura del 3 de Febrero, y que habian quedado en su poder. Estas pistolas estaban aún cargadas. Dificil seria decir qué oscuro pensamiento abrigaba él en su mente al llevarlas consigo.

Durante todo el dia anduvo dando vueltas sin saber por dónde iba; de vez en cuando llovia, pero él no lo notaba siquiera; por toda comida, se compró un panecillo de á un sueldo en una panadería, se le guardó en el bolsillo y le olvidó despues. Parece que tomó un baño en el Sena sin tener conciencia de tal cosa. Hay momentos en que tiene uno un volcan en el cráneo, y Marius se hallaba en uno de esos momentos. Ya nada esperaba él, ya nada temia; habia dado aquel paso desde la víspera; y esperaba la noche con febril impaciencia, sin que tuviese ya sino una sola idea clara; — á saber, que á las nueve veria á Coseta. Esta postrera dicha era ahora ya todo su porvenir; despues de esto, la sombra. Por intervalos, mientras

que iba andando por los boulevards más desiertos, pareciale oír en París cierto ruido extraño. Entonces hacía salir su cerebro fuera de sus profundas cavilaciones y decía: ¿Será que se estén batiendo?

Luégo que llegó la hora de anochecer, á las nueve en punto, segun lo había prometido á Coseta, se hallaba en la calle de Plumet. Cuando se acercó á la verja, todo lo echó en olvido. Cuarenta y ocho horas hacía que no había visto á Coseta, é iba á verla de nuevo: todos los demas pensamientos se borraron en su mente, y ya no experimentaba otra cosa que un gozo inaudito y profundo. Estos minutos en que se viven siglos tienen siempre la calidad soberana y admirable de que, en el momento en que pasan, llenan enteramente el corazón.

Marius apartó el barroto de la verja y se precipitó en el jardín. Coseta no se hallaba en el sitio en que ella le esperaba habitualmente. Atravesó la espesura y se dirigió á la hondonada que había junto á la escalera. — Sin duda me espera allí, se dijo así mismo. — Coseta no se hallaba tampoco en aquel sitio. Levantó la vista, y notó que las ventanas de su habitación y todas las de la casa estaban cerradas. Dió una vuelta al jardín, y el jardín estaba desierto. Entonces se volvió hácia la casa, y loco de amor, ebrio, despavorido, exasperado de dolor y de inquietud, como un amo de casa que se recoge á deshora, empezó á golpear las ventanas llamando. Golpeó y volvió á golpear con fuerza, á riesgo de ver que la ventana se abriera dejando aparecer el semblante torvo y sombrío del padre preguntándole: ¿Qué quiere usted? Mas esto no era nada aún en comparación de lo que él entreveía. Cuando hubo ya dado muchos golpes, levantó la voz y empezó á llamar á Coseta. — ¡Coseta! gritaba. ¡Coseta! repetía imperiosamente. Pero nadie respondió. Era, pues, asunto concluido. Nadie en el jardín; nadie en la casa.

Marius fijó entónces sus ojos desesperados en aquella casa lúgubre, tan oscura, tan silenciosa y más vacía que una tumba. Miró al banco de piedra donde él había pasado tantas horas adorables junto á Coseta. Entonces se sentó en las gradas de la escalera que daba entrada al jardín desde la casa, con el corazón lleno de dulzura y de resolución, bendijo su amor en el fondo de su pensamiento, y dijo para sí que puesto que Coseta se había marchado, á él no le quedaba ya más que morir.

De improviso oyó una voz que parecía venir de la calle que gritaba al través de los árboles:

— ¡ Señor Marius!

Al oirla se levantó.

¿ Quién es? dijo.

— Señor Marius, ¿ está usted ahí?

— Sí.

— Señor Marius, repuso la voz, sus amigos de usted le esperan en la calle de la Chanvrerie.

Aquella voz no le era enteramente desconocida. Se parecía mucho á la bronca y ruda voz de Eponina. Marius corrió hácia la verja, apartó el barroto móvil, pasó su cabeza por la abertura y vió á una persona, que le pareció ser un jóven, desaparecer corriendo en la oscuridad del crepúsculo.

se ha visto, debía los plazos ó trimestres de su alquiler al casero. El monte de piedad, al cabo de los trece meses transcurridos, había vendido los cobres de su *Flora*, que algun calderero se apresuró á convertir en cacerolas y peroles. Una vez privado de sus cobres, no pudiendo ya completar siquiera los ejemplares descabalados que aún poseía de su *Flora*, había cedido á vil precio á un mercader de libros viejos láminas y texto, como pliegos desaparejados, ó como desechos. Ya no le quedaba nada absolutamente de la obra de toda su vida; y se puso á comer el dinero de aquellos ejemplares. Luégo que vió que este mezquino recurso se agotaba, renunció á su jardín, dejándole sin cultivo. Antes, y aún mucho tiempo antes ya, había él renunciado á los dos huevos y al pedazo de carne de vaca que solía comer de vez en cuando; reduciéndose ahora ya su comida á un poco de pan con patatas. También había vendido sus últimos muebles, y además, todo lo que poseía doble en ropas de su uso, objetos de cama, colchas, etc., y por último, sus herbarios y sus estampas; pero aún conservaba sus libros más preciosos, entre los cuales había varios sumamente raros, tales como la *Concordancia de las Biblias* de Pedro de Besse, las *Margaritas de la Margarita* de Juan de la Haya con su dedicatoria á la reina de Navarra, el libro del *Cargo y dignidad del embajador* por el señor de Villiers Hotman, un *Florilegium rabbinicum* de 1644, un Tibulo de 1567, con esta espléndida inscripción: *Venetis in ædibus Manutianis*; y por último, un Diógenes Laercio, impreso en Lyon en 1644, en el cual se hallaban las famosas variantes del manuscrito 411, siglo décimotercero, del Vaticano, y las de los dos manuscritos de Venecia, 393 y 394, tan fructuosamente consultados por Enrique Estienne, y todos las pasajes en dialecto dórico que no se encuentran sino en el célebre manuscrito

## III

## EL SEÑOR MABEUF

La bolsa de Juan Valjean fué inútil al señor Mabeuf. En su venerable austeridad infantil, el señor Mabeuf no había aceptado el presente de los astros; no había creído él que una estrella pudiera acuñar luises de oro. No había adivinado que lo que caía del cielo venía de Gavroche. Había llevado la bolsa al comisario de policía de su barrio, como un objeto perdido puesto por el hallador á la disposición del reclamante. La bolsa fué perdida en efecto. Excusado es decir que nadie la reclamó, sin que hubiera ella servido para socorrer la indigencia del señor Mabeuf.

Por lo demás, el señor Mabeuf había continuado de cayendo cada vez más.

Las experiencias sobre el añil no habían sido más felices en el Jardín de las Plantas que en su jardín de Austerlitz. El año anterior, debía el salario á sus sirvienta; ahora, según

del siglo doce, de la biblioteca de Nápoles. El señor Mabeuf no hacía nunca lumbre en su cuarto, y se acostaba con el día para no gastar en alumbrado. Diríase que ya no tenía vecinos, todo el mundo huía de él cuando salía, y él lo notaba con tristeza. La miseria de un niño interesa á una madre, la miseria de un jóven interesa á una jóven, pero la miseria de un viejo no interesa á nadie. Es el más frío y cruel de todos los desamparos. Á pesar de todo, el tío Mabeuf no había perdido enteramente su serenidad de niño. Su pupila adquiría cierta vivacidad cuando ella se fijaba en sus libros, y se sonreía al considerar su Diógenes Laercio, que era un ejemplar único. Su estante con vidrieras era el único mueble que había conservado fuera de lo indispensable,

— Un día le dijo la tía Plutarco :

— No tengo con qué comprar la comida.

Lo que ella llamaba la comida, era un pan y cuatro ó cinco patatas.

— ¿ Fiada ? dijo el señor Mabeuf.

— Bien sabe usted que nadie quiere ya fiarnos nada.

El señor Mabeuf abrió su estante, miró durante largo tiempo todos sus libros, uno en pos de otro, como un padre, obligado á diezmar á sus hijos, los miraría ántes de hacer su eleccion, en seguida tomó uno vivamente, se le puso bajo el brazo, y salió. Al cabo de dos horas volvió á entrar en casa, ya no traía nada bajo el brazo, y puso treinta sueldos sobre la mesa diciendo :

— Haga usted la comida.

Á partir de este momento, la tía Plutarco vió bajar sobre el cándido semblante del anciano un velo sombrío que no volvió á levantarse jamas.

Al día siguiente, al otro día, todos los días, fué preciso recomenzar. El señor Mabeuf salía con un libro y entraba con una moneda de plata. Como los libreros de viejo le

veían obligado á irlo vendiendo todo, le compraban por veinte sueldos lo que él había pagado en veinte francos, á veces á los mismos libreros. Volúmen por volúmen, toda la biblioteca fué así despachándose. En ciertos momentos solía él decir : Ya tengo sin embargo ochenta años, como si abrigara no sé sabe qué especie de secreta esperanza de llegar él al fin de sus días ántes que al fin de sus libros. Su tristeza iba siempre en aumento. Una vez no obstante tuvo una alegría. Salió de casa con un Robert Estienne que vendió portreinta y cinco sueldos en el quai Malaquais, y volvió á casa con un Alde que acababa de comprar por cuarenta sueldos en la calle de Grès. — Debo cinco sueldos, dijo radiante de gozo á tía Plutarco. Aquel día no comió.

Era miembro de la Sociedad de horticultura, donde todos sabían la miserable situacion en que se hallaba. El presidente de la Sociedad fué un día á verle, y le prometió que hablaría de él al ministro de la agricultura y del comercio, y así lo hizo en efecto. ¡ Pues cómo ! exclamó el ministro. ¡ Ya lo creo ! — ¡ Un sabio anciano ! un botánico distinguido y profundo ! ¡ un hombre inofensivo ! ¡ Es preciso hacer algo por él ! Al día siguiente recibió el señor Mabeuf una carta de convite para ir á comer á casa del ministro. Temblando de gozo enseñó la carta á la tía Plutarco. — ¡ Ya estamos salvados ! la decía al leérsela. El día designado, fué en efecto á comer á casa del ministro. Desde luégo notó que su corbata arrugada, su frac viejo, grande y cuadrado, y sus zapatos charolados con clara de huevo chocaron á los porteros y lacayos. Nadie le dirigió la palabra, ni áun el ministro. Á eso de las diez de la noche, como él esperaba siempre alguna palabra que le concerniese, oyó á la señora del ministro, una señora puesta con mucho lujo y descotada, á la cual no había él osado acercarse, que preguntaba : ¿ Pero quién es ese buen viejo ? Volvióse á su casa á pié, á las doce de la no-

che, cuando estaba lloviendo á cántaros. Para pagar el coche que le había conducido á casa del ministro había vendido un Elzevir.

Todas las noches, ántes de acostarse, había tomado la costumbre de leer algunas páginas de su Diógenes Laercio. Sabía bastante griego para gozar de las particularidades del texto que él poseía. Esta era la única satisfacción que le quedaba. Así transcurrieron algunas semanas, cuando hé aquí que de repente cayó enferma la tía Plutaro. Hay una cosa más triste aún que el no tener con que comprar pan en casa del panadero, y es el no tener con que comprar medicinas en la botica. Una noche recetó el médico una pocion bastante costosa. Además, la enfermedad se iba agrabando, y se necesitaba una enfermera. El señor Mabeuf abrió su armario de libros, y no halló en él ninguno. El último volumen le había ya abandonado! Sólo le quedaba el Diógenes Laercio.

Cogió bajo el brazo su único ejemplar y salió, era el 4 de Junio de 1832; dirigióse á la puerta de Saint-Jacques, á casa del sucesor de Royol, y volvió con cien francos. Colocó la pila de monedas de cinco francos sobre la mesa de noche de la anciana sirvienta y se fué á su cuarto sin pronunciar una palabra.

Al día siguiente, desde el amanecer, hallábase sentado sobre el guardacanton tendido en el suelo que servía de banco en su jardín, y por encima del seto pudieron verle toda la mañana inmóvil, con la frente inclinada y la vista fija de una manera vaga en sus marchitos arriates. De vez en cuando llovía; pero el anciano no parecía notarlo siquiera. Después de las doce del día, hízose oír en París un ruido extraordinario, muy semejante á un tiroteo mezclado con los clamores de la muchedumbre.

El tío Mabeuf levantó la cabeza, y distinguió á un jardinero que pasaba, á quien preguntó:

— ¿Qué es eso?

El jardinero respondió, con su azadon al hombro, y en el tono más pacífico del mundo:

— Es una asonada.

— ¡Cómo! ¿una asonada?

— Sí. Se están batiendo.

— ¿Por qué se baten?

— ¡Ah, toma! dijo el jardinero.

— ¿Hacia que punto? añadió el señor Mabeuf.

— Hacia el lado del Arsenal.

El tío Mabeuf se entró en su casa, tomó el sombrero, buscó maquinalmente un libro para llevarse bajo el brazo, no halló ninguno, dijo: ¡Ah! ¡es verdad! y se marchó, con el semblante de un hombre que tiene extraviada la vista y extraviado el cerebro.